

tura que viene desde tan luengas tierras para coquetear con el sabio monarca.

Juan Rubio estaba preocupado, y preguntó:

—Y la reina de Saba ¿no acaba hoy su papel haciéndose prometida de Salomón?

Esta vez, por más que hizo, no pudo reprimir el paje su hilaridad, y acabó por soltar el trapo, diciendo entre carcajadas:

—¡Caracoles!, nada sé de esto á punto fijo. De todas maneras, no olvides que no es lo mismo prometerse que casarse, y que si Blanca, mi señora, no se disfrazara de reina de Saba, no podría yo tampoco cubrirte con un traje de alabardero de esta princesa, que estaba destinado para mí, y gracias al cual tendrás libre acceso en el palacio. No te lamente, pues, y vente conmigo á echar un sueño en tanto que se acerca la hora solemne de la representación.

IV

LA HORA IMPREVISTA

Como la posada estaba llena, el pobre Simón se vió obligado á salir de su pocilga para que pudieran ocuparla nuestros dos loquitos. No le quedó entonces al pobre mancebo más recurso que el de volver á errar por la gran sala, en donde poco antes había pasado tantos miedos y sobresaltos, é instruído por la experiencia empezó por cerrar entrambas ventanas, acomodándose luego para dormir tendido sobre una mesa.

Pero estaba escrito que ésta sería para él una noche preñada de aventuras.

Haría apenas diez minutos que se habían recogido los dos jóvenes y estaban dando aún las once en las iglesias vecinas, cuando empezaron á llamar violentamente en la puerta de la calle. Natural-

mente, Simón hizose el desentendido, ya porque podían muy bien ser los dos lobos-fantasmas los que trataban de volver á entrar valiéndose de este ardid, ya también porque los edictos reales prohibían abrir los establecimientos públicos después del toque de silencio.

Los que esperaban en la calle dejaron pasar cosa de un cuarto de minuto, volviendo luego á sacudir la puerta con golpes que revelaban bastante impaciencia. Mireta apareció entonces debajo de la gran escalera del fondo de la sala.

Simón, que creía estar solo, no las tenía todas consigo, pues los golpes hacían estremecer la puerta y empezaban á oírse en la calle fuertes juramentos y otras interjecciones. No cabía duda de que los que llamaban eran hombres de guerra. Mireta llamó á Simón, cuyo primer movimiento fué, según costumbre, el de echar á correr. Púsose la niña á la luz de la lámpara para tranquilizarle, y le dijo:

—Encarámate sobre un taburete y mira quién es por el ojo de buey que hay encima de la puerta.

Simón obedeció temblando y vió á la luz del candil, que estaba suspenso en la fachada del mesón, dos grupos distintos, uno de los cuales se había formado junto á la puerta, mientras que el otro permanecía algo separado. Componíase el primero de un hidalgo y dos hombres de armas. Estos llamaban como dos sordos, y el caballero, que tenía un aire muy triste y macilento, aguardaba inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Le conoces?—preguntó Mireta.

—Tengo idea de haber visto en alguna parte á ese señor con su cara de Cuaresma—replicó Simón.— Pero escuchad á los soldados, que piden que se les abra en nombre de la Marche, amenazando con prender fuego al mesón.

—No abras todavía—dijo Mireta;—iré á despertar á mi madre.

El otro grupo, que se mantenía alejado entre las sombras de una bocacalle inmediata, componíase solamente de dos personas: un hombre y una mujer. Si la mirada de Simón hubiera podido distinguir las facciones de este hombre, habría encontrado también que su fisonomía era por lo menos tan triste como la del caballero alto y delgado que continuaba inmóvil detrás de los dos soldados.

Este hombre tenía, á mayor abundamiento, un aire pobre y humilde; era también alto, su cabeza iba cubierta tan sólo con los recios mechones de una indómita cabellera, y llevaba por vestido una raída sotana sin talle, que le caía recta de los hombros á los talones. La mujer que iba con él parecía ser una simple artesana ó labradora.

—¡Hola!—gritaban los hombres de armas;—si se nos obliga á ello, vamos á encender hermosas luminarias á expensas de este mesón.

—¡Santo Dios!—murmuró Simón;—ya andan buscando leña seca á lo largo de la calle para empezar el incendio.

—Estoy muy fatigada—decía entretanto la labradora, apoyándose en la puerta de una tienda.

El hombre de la sotanilla juntó las manos y elevó los ojos al cielo.

—No habéis querido creerme, mi noble señora—replicó en voz muy baja;—hubiéramos podido pernoctar en cualquier aldea entre Corbeil y París para seguir el viaje á la madrugada.

—¿Y cómo decís eso?—repuso la desconocida con un movimiento de impaciencia.—Juan nos habría ganado la delantera de día en día, y por fin no le hubiéramos vuelto á encontrar jamás.

Oyóse en esto el ruido de la tranca de la puerta, y casi al mismo tiempo se descorrieron las barras

de hierro de la misma, dejando franca la entrada del mesón.

Impulsado por el instinto, la desconocida y su compañero se fueron acercando; los soldados pisaban ya los escalones que daban subida á la puerta, y Simón, Mireta y la Amapola hallábanse á la entrada de la misma, que acababa de abrirse de par en par.

—Patrona—dijo uno de los soldados,—habéis obrado cuerdamente en abrir, porque tenía ya preparado un montón de astillas, que sólo pedía que le dieran fuego.

—No falta en esta casa cuanto es menester para castigar tan necias bravatas, compadre—replicó con altivez la Amapola.—Ya había en el fuego una enorme caldera de agua hirviendo... No son vuestras amenazas las que han hecho abrir la puerta de la Urraca, sino el nombre de la Marche, el cual la hija de mi madre pronunciará siempre con respeto y fidelidad.

Los dos soldados habían subido ya las gradas del mesón, y el caballero de aspecto triste y lánguido continuaba aún en el mismo sitio como un santo de madera; el hombre de la sotanilla, llevando de la mano á su compañera, ponía el pie en el primer peldaño de aquella especie de vestibulo.

La Amapola, á quien habían cortado el sueño, estaba de muy mal humor. Simón le tocó el brazo, diciéndole al oído:

—Aquí hay dos que no van con los otros.

—¡Vaya!—exclamó la buena mujer, contenta de hallar en quien desahogar su cólera,—¿quiénes son esos?

—Pedimos donde dormir—dijo tímidamente el hombre de la sotana.

Los dos soldados, que habían entrado ya, se volvieron, y uno de ellos dijo:

—¡Y bien!, Mosén Guillermo, ¿os determináis á dormir en esta casa?

El hidalgo levantó con lentitud la cabeza.

—¡Largo de ahí!—gritaba en este momento la mesonera;—mi posada está llena de personas honradas y no me queda sitio donde colocar gentes como vosotros.

Del fondo del capuchón de la labradora salió un triste quejido.

—Mis buenos caballeros—exclamó el hombre de la sotana, dirigiéndose á los soldados,—permitid que entremos con vosotros, ¡os lo suplico!

—¡Largo, largo!—repitió la Amapola.

—Monseñor—añadió el hombre de la sotanilla, juntando entrambas manos y acercándose á aquel á quien habían llamado Mosén Guillermo.

La mujer que le acompañaba hizo un movimiento para detenerle.

—Madre—decía Mireta,—esos dos pobres desgraciados tienen el aire de estar muertos de fatiga... recibámosles por caridad cristiana.

—Que vayan al *Mirlo Blanco*, en la calle de Tránés—respondió con acritud la Amapola:—que vayan al *Puchero de Estaño*, que allí se encontrarán con sus compinches.

Y añadió golpeando con fuerza el hombro de los soldados:

—Vamos, compadre, pagadme vuestra bienvenida arrojando de aquí á esos mendigos que interceptan mi puerta.

No era cosa tan difícil; los dos soldados bajaron de un salto los escalones, y ya uno de ellos había asido por el pescuezo al hombre de la sotana, cuando Mosén Guillermo le tomó por el brazo y le rechazó con rudeza.

—No os mezcléis en negocios ajenos—dijo con voz seca é imperativa.

Esto diciendo, indicó con un gesto de superioridad la puerta del mesón á los dos hombres de armas, y éstos entraron obedientemente en la posada.

—No os faltará hospitalidad esta noche—dijo Guillermo al desconocido y á su compañera.

Luego, bajando de súbito la voz y volviendo la espalda al mesón, añadió con un acento de indefinible angustia:

—Si sois cristianos, no me olvidéis en vuestras oraciones.

Tomó la mano de la mujer y la del hombre é introdujóles él mismo en persona en el interior de la posada.

Los soldados presenciaban esta escena y se reían para su capote.

—He ahí á Mosén Guillermo—decían,—que se cree siempre *in articulo mortis* y que hace buenas obras á cada paso por borrar sus antiguos traspiés.

El demacrado semblante del hombre de la sotanilla brillaba de júbilo y entraba en el mesón como en país conquistado. La labradora, por el contrario, parecía como que se dejaba arrastrar y su mano temblaba al contacto de la mano del caballero; nada podía verse de su rostro, porque estaba absolutamente oculto bajo los pliegues del capuchón que cubría su cabeza.

Guillermo exhibía, marchando entre los dos, sus facciones gastadas, sus ojos sin brillo y su rostro demacrado por el sufrimiento. Parecía joven aún, y, sin embargo, sus cabellos eran completamente blancos; á duras penas hubiera reconocido nadie en él al robusto y arrogante Guillermo de Soles, escudero en otros tiempos de la duquesa Isabel.

Había sido traidor, y su traición no le produjo lo que esperaba, pues seguía siendo un pobre hidalgo. El señor de Graville, triunfante, hizo dos partes de la recompensa prometida á su cómplice; reservóse

para sí los castillos, los montes, los campos fértiles, y entregó á Guillermo de Soles los páramos estériles que se dilatan entre las márgenes del Vonise y del Tarbes.

Pero esto no era nada todavía; una enfermedad rara, y de la cual ningún médico supo dar razón, se apoderó luego de Guillermo de Soles; sus cabellos encanecían, sus miembros semejaban los de un esqueleto, no había perdido aún su fuerza física y podía manejar la lanza; pero en determinados momentos parecía que se escapaba de su corazón toda la sangre para agolparse en su cerebro; sentíase suspenso entre la vida y la muerte; una desesperación terrible invadía su alma; ¡tenía miedo!

Todo el mundo sabía esto entre los hombres de armas de la Marche, y todos se burlaban de Guillermo de Soles.

Cuando llegó á mitad del salón de la posada soltó las manos de sus protegidos; la labradora se alejó de él precipitadamente y el pobre hombre de la sotana se deshizo en acciones de gracias.

—¡Rogad por mí, rogad por mí!—murmuraba Guillermo de Soles.

Luego añadió, dirigiéndose á la Amapola:

—Conducidnos adonde están los que nos esperan.

La Amapola dirigióse inmediatamente hacia la puerta abierta al pie de la doble escalera; los hombres de armas la siguieron y Guillermo de Soles echó á andar detrás de todos con paso lento y agobiado. Para llegar al fondo de la sala tuvo que pasar por el lado de la labradora; ésta hizo en el primer momento un ademán de querer retroceder; pero luego cambió de parecer y de repente acercóse al caballero y le tocó en el brazo. Vióse cómo Guillermo inclinaba la cabeza y la labradora pronunciaba una palabra á su oído.

Guillermo retrocedió muchos pasos, erizáronse

sus blancos cabellos sobre su lívida frente y balbuceó estas palabras:

—¡Lo haré, sí, lo haré!

Y sin volver la cabeza precipitó sus vacilantes pasos, acabando por desaparecer en la obscuridad del corredor.

Antes de salir, la Amapola había dicho:

—Pon en orden esas mesas, bancos y taburetes, Mireta. Diríase que ha habido aquí una batalla esta noche. Cuando hayas concluido vete enseguida, porque no está bien que una joven decente permanezca en semejante compañía.

Era implacable la tal tía Amapola cuando estaba de mal humor. Mireta y Simón empezaron por segunda vez la tarea de arreglar la sala. La primera lanzaba miradas de compasión sobre la pobre mujer, tan duramente tratada por su madre, y que, sin embargo, no se quejaba. El hombre de la sotanilla volvió á colocarse junto á su compañera y le dijo en voz baja:

—Si no he comprendido mal á la posadera, ha tenido lugar una pendencia en esta sala. Si nuestro Juanito se viera mezclado en escenas de esta índole, ¿qué sería de él ahora que ya no estamos á su lado para protegerle?

—Juan se escapó montado en el caballo de la alquería—respondió la labradora con aire pensativo,—y se llevó consigo la pesadísima espada que pendía de la cabecera de su lecho.

—Se la llevó, es verdad, mi noble señora; sólo falta que el niño la sepa manejar, de lo cual doy gracias á Dios.

La voz de la labradora tomó el acento de un reproche, y dijo:

—Y es una gran vergüenza, hermano Pacífico, que el hijo de su padre no haya aprendido aún á defender su vida como un soldado.

El hombre de la sotana exhaló un profundo suspiro.

—¡Ay, mi noble señora!—murmuró.—No era yo, bien lo sabéis, quien podía darle lecciones de esta clase.

—Ahora que está todo bien dispuesto—dijo Simón—retirémonos, señorita Mireta, para no vernos comprometidos con semejante sociedad.

Mireta quiso imponerle silencio.

—Es la tía Amapola quien lo ha dicho—repuso Simón;—poca ganancia pueden dejar los parroquianos de esta calidad, y yo, por lo menos, me las guillo.

—Perdonadle, buenas gentes—dijo Mireta al cruzar delante de los desconocidos para retirarse también;—es un pobre de espíritu, y nadie hace caso de sus palabras.

—Gracias, niña—murmuró la labradora.

Mireta salió; pero la voz de esta mujer al pronunciar aquellas sencillas palabras, se le quedó grabada en la memoria; cuando ya no veía el capuchón burdo de la labradora, parecía que su acento y sus palabras eran de una gran señora. Ninguna duda de esto le habría quedado si hubiera permanecido un momento más en el comedor común y hubiera visto á la pobre labradora echar hacia la espalda su capuchón para poder respirar con un poco de holgura, aprovechando la oportunidad de estar sola y libre de indiscretas miradas.

La duquesa Isabel había cruzado ya los límites de la juventud, y la desgracia pesaba duramente sobre ella; pero hay frentes á las cuales la santidad del martirio presta una radiante aureola. Por esto, sin duda, la duquesa de Nemours seguía siendo tan hermosa como en otros tiempos; sabía afrontar las contrariedades con heroica resignación, y sus largos años de luto no habían conseguido más que ten-

der un velo de tristeza sobre la exquisita armonía de sus facciones.

Durante los quince años transcurridos, la duquesa Isabel había llegado hasta el punto de tener que dormir muchas veces sobre el duro suelo; había pasado noches enteras cabalgando, y cuando la encarnizada persecución de sus enemigos le dejaba un momento de tregua, muchas de las noches de descanso las había pasado con los ojos arrasados en lágrimas y el corazón lleno de inquietudes. Pero en medio de su dolor profundo experimentaba cierta felicidad, y en el fondo de su desaliento brillaba un rayo de esperanza; Juan de Armagnac iba creciendo y era la estampa viva de su padre.

Lo que ella había hecho para proteger á este último vástago de la familia proscripta no podríamos referirlo sin llenar volúmenes enteros; sola, con aquel pobre hermano Pacífico, que no era siempre el hombre que se necesitaba para secundar semejante empresa, tuvo que llevar mucho tiempo la vida misteriosa y errante de los perseguidos como reos de Estado.

Los religiosos de la abadía de San Germán de los Prados, sus antiguos vecinos, les dieron generosa hospitalidad y asilo la noche en que Tristán el Ermitaño decapitó el cadáver de Jaime de Armagnac junto al cementerio de los Inocentes. Pero este refugio no podía ser más que temporal. Después de algunos días, al cerrar de la noche, Isabel, su hijo, el hermano Pacífico y el soldado Jerónimo Ripail abandonaron la abadía de San Germán, para inaugurar su vida de aventuras. Dirigiéronse hacia el Este, para intentar penetrar en los estados del duque de Borgofña; pero Graville y la regente, que habían previsto la maniobra, estacionaron un cordón de hombres de armas, que cerraba del todo aquella frontera.

Entonces la duquesa Isabel celebró un consejo con sus dos fieles servidores; pero Jerónimo Ripail, á pesar de la gravedad de las circunstancias, hallaba el medio de beber lo suficiente para que desde la mañana á la noche su cabeza estuviera entre dos luces. En cuanto á Pacifico, no probaba más liquido que el agua, y, sin embargo, su imaginación solía volar también por mundos imaginarios; así es que la pobre Isabel podía esperar bien tristes consejos de tan tristes consejeros.

Propuso la duquesa ganar la Gascuña y buscar un escondrijo en el país de Armagnac. Jerónimo Ripail juró que con la ayuda de su espada hallaría medio de conducir á sus señores hasta el término del viaje, y el hermano Pacifico no se creyó con derecho á tener opinión propia, así es que aplaudió la de su ama.

Atravesaron toda la Francia para llegar al señorío de Armagnac después de un mes de fatigas, vicisitudes y constantes peligros, encontrando el país lleno de emisarios de Graville y de la regente. La visible protección de Dios y la lealtad de algunos buenos vasallos preservaron á los últimos Armagnac de sufrir una catástrofe segura, porque era punto menos que imposible enfrenar la lengua del valeroso Ripail, quien proclamaba por todas partes el nombre de la duquesa y la condición de su hijo.

En esta época nuestros fugitivos contaban aún con algunos recursos, pues la duquesa iba vendiendo una á una todas sus joyas á los judíos errantes, las joyas precisamente de que se había adornado para celebrar la bienvenida de su esposo don Jaime. Pero estos recursos llegaron á agotarse, en tanto que la tenaz persecución de la regente y de Graville no cejaba ni poco ni mucho. Llegó por fin un día en que Isabel y los suyos salieron del albergue en

que habían pernoctado, sin saber en dónde se cobijarían al día siguiente.

Jerónimo acreditó que poseía un corazón honrado y digno, pues llegó á vivir sin beber; pero de lo que no pudo abstenerse fué de hablar, y cada vez que los fugitivos tenían un momento de respiro, las malditas y jactanciosas bravatas y fanfarronadas de Ripail atraían de nuevo en pos de la comitiva á los lebreles de Graville.

Una noche en que la madre, el hijo y los dos servidores habían dormido en una cabaña de pastor situada en mitad de las llanuras del Angoumois, Jerónimo Ripail se despertó al amanecer y vió que la cabaña estaba desierta; Isabel, el pequeño Juan y el hermano Pacifico habían partido.

Jerónimo Ripail vistióse sin decir palabra, se ciñó el cinturón de su espada descomunal, y anduvo dos leguas bien completas á campo traviesa con la cabeza inclinada y la frente ardiendo. Lo comprendía todo. Así permaneció triste y pensativo hasta que tropezó con un mercenario del nuevo conde de la Marche, que le convidó á beber, sin pagar, se entiende, dos ó tres pintas de vino de Anjou. Al embuchar la tercera Ripail recobró su buen humor, y al sorber la cuarta se ajustó un convenio entre él y el mercenario, en virtud del cual Jerónimo tomó el camino de la Marche para entrar á formar en las compañías del señor de Graville.

—No falta aún quien no desprecie mi compañía— dijo mientras montaba á caballo.

Graville residía entonces en el castillo de Benevent, en las riberas del Creuse, y allí fué donde se presentó, por lo tanto, Ripail.

Al Oeste del castillo de Benevent extendíase un grande y hermoso bosque que se dilataba hasta las mismas fronteras del Berry. En el fondo de esta selva un pobre leñador, que no poseía más bienes

que una choza cubierta de troncos y ramas, dió hospitalidad á la duquesa, su hijo y su fiel servidor. Habían agotado ya todos los recursos y todos los expedientes, y no sabían ya á qué santo encomendarse.

Estaban bien cerca de las garras del gavilán, pues Graville y sus camaradas de diversiones y placeres solían penetrar en aquel monte en sus partidas de caza; pero, como vulgarmente se dice, nunca se está mejor escondido que á la sombra del que nos quiere perder. Diez años vivió Isabel en la cabaña del leñador. Graville y la princesa Ana cubrieron toda la Francia de emisarios, y ni á uno ni á otra se les ocurrió siquiera mandar vigilar aquel bosque de Benevent, tan frecuentado y recorrido por las comitivas ecuestres del nuevo y flamante conde de la Marche.

Y, sin embargo, en el mismo castillo de Olivier vivía un hombre que había descubierto el gran secreto; este hombre era Jerónimo Ripail, ascendido á escudero, cuya elevación le hizo, sin duda, avisado y prudente. Tres veces á la semana Ripail daba lecciones de esgrima á un joven doncel, que había encontrado y conocido por casualidad en el interior del bosque, y á quien de repente profesó entrañable cariño. Jamás preguntó al joven ni su nombre ni el domicilio de sus padres; y en este concepto que decimos es como Jerónimo de Ripail se había vuelto discreto.

Desde luego había reconocido perfectamente á Juan de Armagnac, el hijo de su señor, y como el valiente soldado se temía á sí propio, hizose esta reflexión: «El mejor medio de que yo no hable consiste en no saber nada de lo que pueda comprometer á la duquesa y á su hijo.»

Por otra parte, no hay que olvidar que Jerónimo no era un héroe, sino un simple soldado, y aun sol-

dado borracho. Había servido mucho tiempo á la casa de Armagnac para no sentir un fuerte impulso que le atraía hacia el último vástago de este illustre linaje; pero al mismo tiempo encontrábase á su gusto en el castillo de Benevent, y acaso le asustaba el primer movimiento de su corazón, que le inclinaba á ofrecer de nuevo sus servicios á la duquesa Isabel.

A decir la verdad, esto no era en él una traición, puesto que la señora había en otro tiempo rehusado su cooperación. Prefería, pues, Ripail reservarse la posición de protestar encubierto, ya que en el caso en que se hallaba podía ser aún más útil á los restos de la casa de Armagnac.

En la pobre cabaña del leñador, los fugitivos llevaban una existencia tranquila, ya que no venturosa. Viendo desarrollarse á su hijo, á quien no habían podido soñar más hermoso y mejor de lo que era, las maternales ilusiones, la duquesa no podía cerrar su corazón á las seducciones de la esperanza. A ese hermoso hijo de los prados que poseía el temple y el porte de un héroe era imposible que lo hubiera salvado Dios á través de tantos peligros y alternativas, sino para reservarle para destinos más altos y superiores.

Pacífico era el preceptor de Juan de Armagnac, á quien trató de enseñar el latín y hasta un poco de teología. Esperaba reforzar más adelante estos conocimientos con algunos elementos de lógica y metafísica, de griego, dialéctica y un baño de ciencia filosófica. Pero hay que convenir en que Juan de Armagnac, ó Juan á secas, pues nada habían dicho nunca delante de él que pudiera inducirle á adivinar el nombre de su padre, no entraba con mucha afición en el terreno de la ciencia. Entre todas las cosas que Pacífico le podía enseñar, sólo una le atraía, y esta era la historia; y aun en este ramo su

afición se concretaba al relato de las grandes batallas y á la descripción de los más famosos hechos de la caballería.

Como el lector comprenderá, no era posible que un niño de la edad de Juan no intentara descubrir el misterio en que parecía envuelto su origen; pero el adolescente no interrogaba á su madre, á quien conocía sólo por el nombre de señora Marta, sobre este particular, desde que vió que sus ojos se humedecían cada vez que le dirigía preguntas con este objeto; era, pues, sobre Pacífico sobre quien caía todo el peso de la curiosidad de Juan.

Este poseía un espíritu delicado, casi sutil; así es que ensayaba todos los medios para conseguir sus fines. Y como Pacífico por su naturaleza era poco fecundo en inventiva é ignoraba el arte de mentir, hubiera sucumbido más de veinte veces en la lucha empeñada si no hubiera tomado el partido de responder sencillamente:—Hijo mío, preguntad eso á vuestra madre.

Con esto quedaba cerrada la boca de Juan. Si madre era para él un objeto adorable y en cierto modo divino; amábala con un amor parecido al que profesa á Dios un cristiano fervoroso; habría dado toda su sangre por ahorrar á su madre una lágrima sola.

Pero todo eso fué no más que hasta el día en que, oculto entre los arboles del bosque de Benevent, vió pasar, como si fuera un sueño, la deslumbradora beldad de Blanca de Armagnac.

¡Ay!, los niños son así. Algunos meses después Juan abandonaba la pobre cabaña, sin considerar que su fuga desgarraría el corazón de la madre adorada.

¿Queríala menos por eso? En manera alguna; pero el delirio de la juventud le arrebató; el joven iba en pos de los ojos de Blanca, de la misma manera

que la inocente mariposa se arroja, fascinada, sobre la luz que ha de darle la muerte.

V

LA CENA DEL HERMANO PACÍFICO

Así que el hermano Pacífico y la duquesa Isabel se quedaron solos en la sala del mesón, la duquesa dijo:

—¿No habéis conocido, amigo, á ese hombre de los cabellos blancos que nos encargó rogáramos por él?

—No—respondió Pacífico, que seguía siendo el mismo de antes, es decir, que no veía nada de lo que ocurría á su alrededor,—no le he conocido.

—Aquella á quien llaman Blanca de Armagnac está también aquí, en esta posada.

Pacífico empezó á hacer el inventario de sus recuerdos desde el momento en que puso los pies en el mesón y no pudo hallar ningún indicio de haber visto cosa alguna que tuviera relación con Blanca de Armagnac... Vencido en esta prueba volvió sus ojos, siempre deslumbrados y preocupados hacia la duquesa, diciéndole:

—¿Seríame lícito, mi noble señora, preguntaros cómo habéis adivinado esto?

—Ese hombre de los cabellos encanecidos—respondió Isabel—es Guillermo de Soles, mi antiguo escudero.

—¡Oh!—exclamó Pacífico con acento de sencilla é ingenua incredulidad,—no creáis esto, señora; Guillermo es muy joven y sus cabellos son más negros que la noche.

La viuda de Armagnac no pudo contener una sonrisa.

—Tú hablas de quince años atrás, mi pobre Pací-